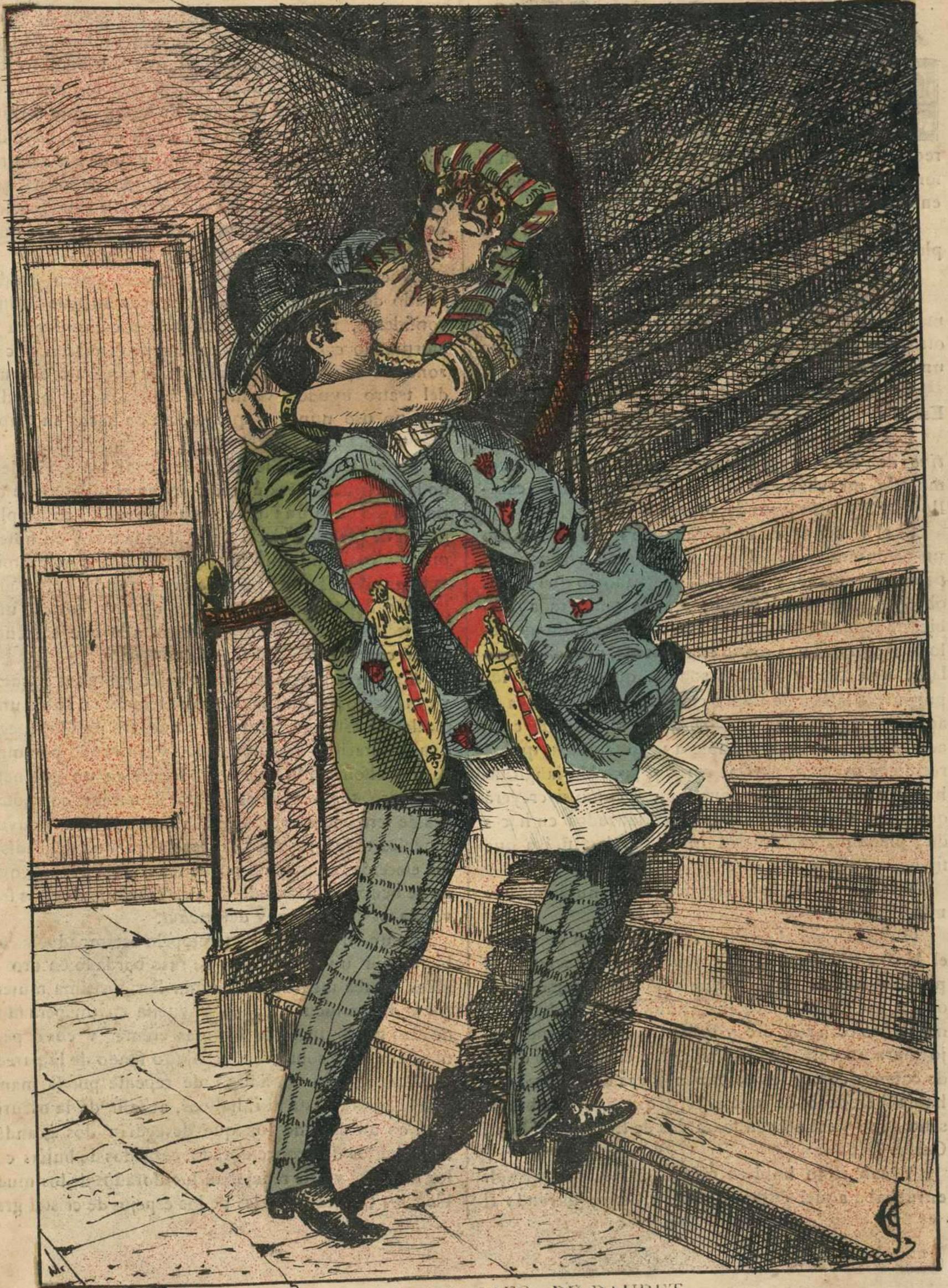


Toda la correspondencia al Administrador D. G. Olier, Espiritu Santo, 18.—Madrid.

El Mundo Femenino

Se publica todos los domingos. Número atrasado 25 céntimos.

Subscripciones: Por 6 meses 3'50 pesetas. — Por un año 6. — A los corresponsales 2'50 la mano.



UNA ESCENA DE «SAFO» DE DAUDET.

MADRID VICIOSO

por

E. DE LA CERDA.

Amor de tablas



Todo el mundo lo veía.

Todo el mundo, menos aquel marido estúpido y engreído como Narciso con su propia belleza, más ocupado en mirarse de reojo en el gran espejo que había hecho colocar en el fondo del antepalco, que de atender á lo que pasaba en el escenario.

Más bien, lo que pasaba entre el escenario y la platea que ocupaba con su mujer en el teatro Real.

Y lo que pasaba era grave.

Dos rayos que partían de dos ojos negros como un mal pensamiento, y que se cruzaban en el aire con otros dos rayos despedidos de dos ojos azules como un cielo de primavera.

Los ojos negros eran de Laura, la vizcondesa de la Estrella.

Los ojos azules eran de Masiangli, el tenor *florentino*, de *voce di angelo* y rostro de soldado tudesco, moreno, manchado de viruela, horrible con su cabello negro y sus ojazos de virgen de Murillo.

Si el vizconde de la Estrella no hubiese formado un paréntesis en aquel mundo elegante que poblaba palcos y butacas, y hubiese observado lo que todos observaban desde el principio de la temporada hubiérame llamado la atención la fijeza de aquellos gemelos que sostenía una mano enguantada, pequeña como la de una gata, y aquella sonrisa que animaba los purpúreos labios de Laura cuando entre una salva de aplausos aparecía el dichoso tenor al final de cada acto, de cada escena; y hubiera visto también, que al recibir la ovación, parecía como si para Masiangli no hubiera más espectador que Laura, como si creyera que todos aquellos aplausos salían lanzados en hac s de aquella platea, única á que saludaba, única que fijaba sus miradas.

Y la noche del beneficio del tenor hubiera visto más.

Hubiera visto al cuello del que acababa de cantar el *Madre infelice* de *El Trovador*, enloqueciendo al público con un *do* de pecho admirable como no se oyó jamás en boca humana; hubiera visto, digo, un magnífico collar de oro y brillantes cuya pendiente joya era un corazón de rubies, que el vizconde debía de conocer como una de tantas joyas de familia, que había heredado de su madre, y que figuró sobre el seno de su visabuela en los saraos de la corte del buen Carlos III.

Y asimismo hubiera observado, que Masiangli estrechaba aquel corazón sobre el suyo, mirando al

mismo tiempo á Laura y mandándola al retirarse, un beso imperceptible con la punta de los dedos.

Pero nada de esto veía el gomoso vizconde, especie de damisela con pantalones y frac, á quien su mujer despreciaba, sin recatarse de él, como si fuese delante de un ciego, de hacer ostentación de sus sentimientos hacia el horrible tenor de voz angélica.

Cuéntanos quien tomó parte, por razón de su estado, en aquella aventura, que aún no han olvidado los antiguos abonados al Real, que Masiangli recibió la referida joya que bien valdría diez mil duros, en un precioso estuche de cuero de hipopótamo forrado de raso rojo, y que al abrirlo en su cuarto, cayó del estuche un diminuto billete, que uno de sus admiradores recogió y se lo entregó sonriendo; de suerte, que desde aquella noche se dió por segura la expugnación de aquella, hasta entonces, formidable fortaleza que, tenía por título la vizcondesa de la Estrella.

Nuestro narrador, que era medio amigo, medio criado de Masiangli, pero de seguro su más íntimo confidente, nos dice que él mismo compró para el afortunado cantante una docena de camisetas y calzoncillos de seda, y que, á la noche siguiente, después del teatro ayudó á vestir á su amo aquellas prendas que no usó nunca, y que habían de hacer su papel más tarde.

Masiangli, según le refirió á su confidente, siguiendo las instrucciones que recibiera en el billetito, se dirigió á eso de la una de la noche, envuelto en amplio gabán de pieles, á cierta calle, donde existe un hotel, precedido de un jardín por su parte anterior, y limitado por detrás por una vieja tapia que da á una angosta calleja, y en la que hay un solo hueco, una puertecilla polvorienta y maciza, á la que el tenor llamó con el puño de nácar de su bastón.

Abrióse á puerta sin hacer ruido sobre sus goznes, y conducido por una suave mano femenina, subió una escalerilla estrecha, atravesó un oscuro pasillo, luego una habitación desamueblada, y entrando por otro pasillo alfombrado, fué introducido en un gabinete hechicero, tapizado de raso color de naranja con botones de terciopelo negros en el almohadillado, y cuyos muebles todos, riquísimos, revelaban una delicadísima elección, como sólo puede tenerla una mujer que no se ocupó toda su vida de otra cosa que de estas frivolidades del *confort* y del *pschut*.

En una dormilona de terciopelo estampado, y cubierta por un largo cogín de raso bordado en oro y sedas, estaba medio tendida una hermosísima mujer, como le veinticuatro años envuelta en un peinador de raso negro, lleno de blondas crema, y cuyo perfil se dibujaba sobre el anaranjado fondo de la pared.

Abandonado Masiangli de repente por la mano que le guiara hasta allí, hallose, al salir de la oscuridad, en un mar de luz que despedían dos grandes candelabros de bronce dorado, cargados de bujías color de rosa, y que reflejaban los dorados de los muebles, los bruñidos biseles de los espejos de cristal gra-

bado y los mil *bibelots* que adornaban la chimenea, los tibores y las caladas rinconeras del gabinetito misterioso.

Deslumbrado en aquella atmósfera de polvo de oro, que parecía rodear de un nimbo de luz la negra silueta de la encantadora hada habitante de aquella regia estancia, parose un momento, hasta que la dulce voz de Laura le dijo con acento apasionado:

—¡Masiangli! Aquí, á mi lado.

El tenor, con la actitud dramática que hubiera tomado en el teatro al arrojar su capa de Trovador para cantar un dúo con Leonora, quitose el gabán de pieles, que arrojó sobre un sillón, y se dirigió al diván apresuradamente.

—Signora... exclamó con acento vibrante; tanto honore...

Besó la mano que le presentaban, y tomó asiento en unos almohadones, de intento colocados cerca de la dormilona.

Laura, al verle cerca de sí, volvió la cabeza con una sonrisa, que Masiangli debió notar y traducir al pie de la letra.

—Le parezco á Vd. feo de cerca, exclamó; no me extraña: lo soy, y por eso no me explico que tan hermosa mujer...

—Nosotras, las damas españolas, contestó Laura, no solemos rendir culto á Adonis; nos agrada el hombre que nos entusiasma; y así el héroe, cubierto con el casco guerrero, como con la montera del torero, el que aclama la multitud electrizada por su talento ó por su voz, se convierten en nuestros ídolos; y ya sabe usted que los ídolos más adorados no han solido distinguirse por lo estético de su figura y de su rostro. Yo amo á Vd. desde que le oí la primera noche cantar *Favos*, parecíame que el *Spirto gentil* que usted fingía amar, era el mío, y soñaba...

—¡Qué!

—¡Oh! es una niñería, un capricho... Soñaba con que un día me lo cantase Vd. á mí sola, estrechando mis manos, con esa dulcísima voz que parece sale de entre las nubes...

—Y Vd. desea...

—Vivamente Masiangli... oír el *Spirto gentil* en este gabinete.

—Pero el señor vizconde...

—¡Oh! está de caza de venados... estoy sola, sola con mi doncella, y los criados están lejos de aquí. Nadie oirá nada.

—Masiangli, algo desconcertado, miraba al suelo y no respondía.

—Vamos, Masiangli... ese *Spirto*...

—Sin orquesta... sin piano...

—No importa... cante Vd., cante Vd.... Yo le recompensaré .. como debo.

—Masiangli, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se puso de pie, tosió, escupió y comenzó el canto dulcísimo del *Spirto gentil*.

—¡Ah! ¡Bravo! ¡Ah! sublime, exclamaba á cada paso Laura. ¡Adorable Masiangli...!

Apenas extinguido el eco de la última nota, Masiangli quiso obtener la recompensa, cayó de rodillas delante de la dormilona, y rodeó con sus brazos el talle de Laura.

El tenor era emprendedor como él solo y avanzaba en su asalto.

—Canta, amor mío, canta, exclamó Laura rodeándole el cuello con sus ebúrneos brazos.

Masiangli se detuvo en sus progresos.

—¡Canta, canta, por Dios! continuó Laura besándole en la frente.

—¡Y si no cantase! exclamó Masiangli, que se sintió de pronto rebajado en su dignidad personal, viendo claramente que no era el hombre, sino el cantante, lo que excitaba la pasión de aquella mujer.

—¡Cómo! contestó Laura, ¿no canta Vd.?

—Pero Laura, pero señora... en estos momentos...

—¡Oh! Pues, márchese Vd., márchese Vd. al momento; Vd. no me ama, Vd. me engañaba con aquellas miradas que me prometían un cielo de delicias...

—Pero yo amo á Vd., sólo que creo... que ahora...

—¡Oh! exclamó Laura rechazándole y poniéndose de pie, ¿pues qué creía Vd., que por su bella cara?... Salga Vd., continuó, llamando en un timbre de plata que tenía al alcance de la mano, y á cuyo sonido se presentó la doncella.

—Acompaña al señor, la dijo.

—Pero esto es una humillación... exclamó Masiangli.

—Usted no sabe amar á una señora... dijo Laura... Salga Vd.

—Perdón, vizcondesa: ignoraba, dijo Masiangli, que una dama española pudiera tener el capricho de ver puesto el amor en solfa.

Saludó profundamente y siguió á la doncella.

GRETCHEN

En estos días en que todas nuestras miradas se han dirigido hacia aquellas catedrales góticas que reflejan el Rhin, Mr. Grand Carteret ha publicado un libro notable, de palpitante actualidad, titulado *La mujer en Alemania*. Pocos asuntos encierran mayor interés que el estudio de la mujer educada según los principios de Lutero, que la enseñan á conocer por igual los dos polos de su vida *la casa y la ciudad*.

Desde que entráis en Alemania observais que la mujer es libre como en la América del Norte, y no deja de chocaros la gran sencillez que revela en sus costumbres. La joven alemana va con frecuencia por las tardes á reunirse en el café con sus amigas, sin interrumpir por eso sus labores de aguja; viaja sola, y ella, por sí misma, se busca su marido. Respecto á este punto, tiene ideas completamente definidas; un tanto primitivas quizás, pero claras concretas, sin vacilaciones ni confusión de ningún género. Gretchen quiere ante todo amar y ser amada, esa es su aspira-



LOCION
DE
SERM

*Malditos cuarenta años !!
funesta edad de amargos desengaños*

LA EDAD MADURA



GRETCHEN.

ción incontestable, y en ese terreno no admite concesión alguna; es su fuero y lo ejercita con una ingenuidad, que difícilmente llegará á comprenderse nunca en estos países latinos donde tantas preocupaciones sociales y religiosas flotan sobre nosotros.

Goethe y Lutero, han contribuido de una manera decisiva á que Gretchen sea una enamorada: Goethe murmura á su oído: «El amor lo es todo; vivir sin amar es remover paja seca.» Y Lutero, al mismo tiempo, dice al hombre: «No hay sobre la tierra cosa más dulce que el amor de una mujer.»

..

Esta sencillez de costumbres y de sentimientos ha sido perturbada en algunas ciudades como Viena y Hamburgo, que son los centros del placer: aquél de la Alemania meridional y éste de la Alemania del Norte: Hamburgo y Baden Baden, con sus temporadas de verano, en que imperaban el juego y el lujo, influyeron también algún tanto, aunque pasajera y momentáneamente en la transformación que por el lado del Rin comenzó á operarse en la vida de la mujer alemana; pero desde que el juego acabó, la fantástica nube dorada que sobre el Rin se extendía todos los años durante julio y agosto, se desvaneció para siempre y del

Lichtenthal á Stolzenfels reinan ahora la soledad y el silencio.

En Alemania la mujer es muy superior al hombre y no suele participar de la vanidad que caracteriza á éste: la literatura y los idiomas constituyen dos grandes inclinaciones en la mujer alemana, y es realmente pasmoso para el viajero originario de nuestros países el número de jóvenes, no sólo de la clase más elevada, sino de la clase media, que poseen dos ó tres lenguas y revelan conocimientos literarios más profundos que algunos críticos renombrados de los que por aquí se estilan.

Quizás la mujer alemana al imprimir esta corriente á las facultades de su inteligencia, lo hace para romper el círculo de hierro en que el militarismo procura aprisionar á todos los pueblos de la Confederación, y gracias á los conocimientos que esa educación le proporciona, influye poderosamente en la vida pública, donde con frecuencia halla ocasiones de recordar con fruto el precepto de Goethe.

El alemán—según Grand Carteret—tiene de la mujer en general un concepto puramente idealista y considera la mujer propia con un criterio del todo prosaico y, digámoslo así, *bourgeois*. Todas las mujeres, excepto una, la que él posee, vagan ante sus ojos envueltas en la aureola de la poesía: sólo la suya

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

se halla desposeída de ese encanto. Esta torpeza propia de hombres poco experimentados, es lo que más distingue al alemán, y acaso merced á ella pudo escribir Alfredo de Musset aquellos versos de su más famosa canción:

«Si vous oubliez votre histoire,
Vos jeunes filles, surement,
Ont mieux gardé notre memoire.»

Grand Carteret divide á la mujer alemana en cuatro grupos: la de Berlín, la de Dresde, la de Munich y la de Viena, que son las cuatro principales encarnaciones de la germana del día. De estos cuatro tipos, el de Berlín, que es el más moderno, carece en absoluto de originalidad, pues trabaja constantemente por imitar á la parisiense sin poder conseguirlo. Sobre todo, su «marcha pesada» será el eterno obstáculo que la impedirá toda aproximación. La mujer de Dresde es la más instruída, la más fina, la más amable y la que, sin buscarlo, tiene algún ligero parecido con la mujer de París. La de Munich es también de naturaleza exuberante y de marcha lenta, pero de educación muy refinada.

La de Viena es la misma que el pintor Mackart nos ha hecho conocer en sus cuadros, la belleza de formas opulentas y magníficas, que parece creada para una vida de placeres.

Ahora, si queremos saber cuál es entre todas éstas la verdadera mujer alemana es preciso que nos dejemos llevar por Grand-Carteret hacia una época que ya está lejos de nosotros; pues así como el siglo xviii fué la edad de oro de la mujer en Francia, la edad de oro de la mujer alemana fué el siglo xvi. «La verdadera mujer alemana es la mujer de la Reforma, la mujer con alta cofia de lino ó sombrero de plumas, que llevaba colgando de la cintura el manojito de llaves ó la limosnera, la mujer de Durero, de Cranach, de Holbein, la mujer educada en los principios luteranos. Esta mujer del siglo xvi, que ha sido y será siempre la expresión más perfecta del genio de su raza viene á ser la resultante de las ideas que aparecen en la mitología germánica y tiene un no sé qué de sensual y de sentimental al mismo tiempo que constituye un tipo aparte»

Goethe nos ha dado de la mujer alemana dos figuras bastante distintas pero que en realidad se completan recíprocamente, Carlota y Margarita; algo sensual la una, sentimental la otra. En ambas se encerraba ya el espíritu de la Gretchen del día, el alma de la nueva germana, en cuyo seno quizás alienta el Atila futuro.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

París 1.º de Mayo de 1887.

(De *El Liberal*)

LA LIVADA (1)

POR STANS.

(*Conclusion*)

La baronesa pasaba los veranos en Londres, los inviernos en Florencia y las primaveras en París. En Londres, en su encantadora casa de Kensington Garden; en París, calle de la Bruvère donde tenía un pequeño hotel; en Florencia, en el Lung Arno, donde poseía un palacio que le regaló el Príncipe más avaro de la cristiandad. Cuando volvéis de los Cansinos,

vuestro cochero os lo señala con la punta del látigo, diciendos: *Ecco il palazzo de la baronessa de Livada, che li fu dato dal Principe.*

El cómo y el por qué de este suntuoso regalo se ignora. Por esta época ya no era joven; y en cuanto á bella nunca lo fué. La cabeza era insignificante, pero el cuerpo era admirable; ni un defecto en aquellas líneas, correctas como las de la estatuaria antigua. Era completamente perfecta, y mostraba estas perfecciones con la misma facilidad y gusto que una mujer bonita su rostro; se vestía y se desnudaba rpi lamente, sin hacer escarceos y sin rebuscar lo exagerado del tocador... No llevaba nunca corsé una sencilla falda, un vestido muy rico, que era tan ligeramente quitado como puesto.

Esta mujer, para quien el dinero lo era todo, y que lo poseía en la mayor abundancia, tenía un punto negro en su vida. Un hombre al principio de sus correrías (no el del punal de nueces) se había suicidado por ella bajo sus propias ventanas en Marsella. Esta mujer excéntrica, que de todo se reía, que no creía en nada, tenía horribles pesadillas; se despertaba por la noche dando gritos espantosos. Una mujer la velaba cuando dormía sola.

Lo que la perdió en Londres fué un capricho por un barítono célebre. Mientras le recibió seducida por su voz admirable, los lores nada dijeron; antes bien, aprobaron. Era muy cómodo eso de hacer venir á su casa al cantante de moda.

Pero desde el día en que lo llevó á las carreras de Hampton sentado en el testero de su coche, no volvieron á poner los pies en su casa. Fué una deserción no del todo completa, pero sólo continuaron visitándola los comparsas y el desecho. Entonces vendió su casa de campo, y fué á pasar á París seis meses del año.

Todos los jugadores en gran juego de whist iban á su casa; ella perdía y pagaba como un hombre. Los jugadores la apreciaban mucho. Jamás había ni una sola mujer con ella. La marquesa de Sweet Lare se hallaba retirada en un antiguo castillo, donde se moría de aburrimiento, y la condesa italiana había traspasado los montes.

En Florencia hizo lo imposible por ser recibida en el gran mundo. Por lo regular son indulgentes en esta dulce ciudad de las flores; pero los florentinos fueron implacables para ella. Llegó allí con gran ostentación y rodeada de una especie de familia: una hermana, con su marido y sus hijos; un sobrino, un secretario... nada pudo hacerla encontrar gracia entre aquellas gentes. Se le hubiesen perdonado sus amores, y no se le pasaron sus misterios. Tiró, sin embargo el dinero á manos llenas; prestó á los arruinados, dió recepciones, prometió dotar en cuatro millones á su sobrina. Su casa permaneció desierta y su sobrina no se casó. Los pocos hombres que iban á su casa fueron mal recibidos en los demás salones. ¿Qué la echaban en cara? Nadie sabía decirlo, y todo el mundo huía de ella.

Esta enorme fortuna, cuyo origen no se explicaba; los regalos de príncipe que recibió sin que se conociese la causa que los motivaba, esa atracción extraña que impulsaba á algunos á hacer por el alocuras, sin que pudiera citarse un hombre que positivamente hubiera estado enamorado de ella; todo esto la hacía antipática á las mujeres que no conocen más que el amor.

¿Qué se ha hecho de ella? ¿Cómo pasa su vejez esta mujer misteriosa? No se la ha visto más por Londres ni por París. Sus íntimos han desaparecido poco á poco. El que ella llamaba su hermoso Carlos ha muerto hace diez ó doce años, el barítono está dado de baja,

(1) Véase el número anterior.

su secretario murió en su quinta de Argel; los que la protegieron en los comienzos de su carrera y los únicos que podrían contar su historia hace tiempo que no existen. El duque de Mora fué uno de ellos. Nunca iba á Londres sin pasar todos los días una hora á su lado. ¿Quién era? Su vida no se parecía en nada á la de las mujeres entretenidas. No se vió jamás un amo en su casa; si se indicaron á algunos como amantes suyos, no se pudo jamás decir el nombre del que, todos los meses, donde quiera que estuviere, enviaba un hombre que pagaba todos sus gastos. Tuvo caprichos, verdaderamente reales, que se vieron satisfechos. Fuera de toda esa gente que se agitaba en torno suyo había alguien, que nadie ha visto de quien ella nunca ha hablado, ni aun á sus íntimos, á quien no ha recibido en su casa, y que durante treinta años de su vida la ha dejado dueña de sí misma dándole cuatrocientos ó quinientos mil francos al año.

Si por casualidad tenéis curiosidad en querer representaros á esta criatura, buscad la pequeña estatua que Pradier hizo de ella representa una mujer desnuda con un jarrón en la mano tomando agua de un manantial. Su actitud permite admirar sin veladuras su magnífica espalda de que es aban tan orgullosa, y todos los detalles de su cuerpo perfecto. sólo la cabeza está idealizada. La estatua de la baronesa de Livada es de tamaño natural; pero su reducción está de venta en el comercio; los jugadores viejos de whist la poseen todos en mármol; ella se la regalaba y les permitía la comparación.

STANS.

¡ESCÁNDALOS DE PARÍS!

POR QUATVILLE

(Continuación.)

—¿Y es el 4.º piso el que Vd. desea?

—Lo mismo me da. Si tiene Vd. un 5.º ó un 2.º...

—Le diré á Vd. Tengo intención de habitar el primero de aquí á poco tiempo, y preferiría verlo seco antes que ningún otro.

—¿Es grande ese principal?

—¿Si es grande? ¡Un palacio! Cinco alcobas, dos salones, sala de fumar, de billares, de baños, etc. etc. Con decirle á Vd. que me lo hice construir expresamente para mí, está dicho todo.

—¿Y qué quiere Vd. que yo le haga de todo eso?

—¿Que lo seque Vd.!

—¿Gratis?

—¿Acaso exigirá Vd. paga!

—¿Ya lo creol! Aun cuando mi primo me dé toda la leña que tiene almacenada, no se podría secar todo eso!

—Es la única habitación de que puedo poseer con semejantes condiciones, porque, guardándola para mí, no quiero arrendarla en modo alguno.

—¿Las personas que no tienen la costumbre de secar, morirán como moscas en la casa de Vd.

—Los enfermos gastan más fuego que los sanos. ¡Esto me es igual!

—Luego ha de pensar Vd. que la primavera está encima. Será necesario tener fuego encendido durante el verano, y esto no todos pueden soportarlo. Va-

ya, Vd. me ha sido simpático. Le secaré á Vd. la habitación por 3.600 francos y un año de habitarla.

—¡Muchas gracias!

—O lo toma Vd., ó lo deja.

—¡Una habitación de 25.000 francos, con cuadra...

—¡La cuadra sí que no la secaré!

—Sin embargo...

—Otra *secadora* no le pediría á Vd. menos de 6.000 francos.

—Vd. se burla.

—Ya conozco la habitación de Vd.; ahora me acuerdo de ella. Hay diez sitios para hacer fuego sin contar la cocina. Yo, que soy concienzuda, quemaré 2 francos 50 céntimos diarios por cada chimenea. Parece nada pero bien mirado.

—¡Está Vd. exageradísima en todo!

—Dispéñeme Vd. de nuevo; sé muy bien lo que me digo. Ó si nó, haga Vd. mismo la cuenta. Diez chimeneas á 2 francos 50 céntimos por día. Digamos tres veces veinticinco, hacen setenta y cinco; añado un cero, y resultan 750 francos al mes, ó sean 9.000 francos al año. Ya ve Vd. que esto no es una friolera.

—¿A tanto sube?

—Con tal que no quiera Vd. que descuide la habitación!

¡Oh eso nó!

—Además que yo no puedo imitar á Mda. Duterte, del barrio Pigalle, que hace arder leña de derribos y llena de chinches las casas.

—¡Oh! Yo nunca dejaré entrar en las mías leña de esa clase!

—¿Yo quemó pino y encina, solamente!

—¿Así me gusta!

—De manera que para hacerme cargo de esa habitación, y tratarla como se merece como tengo costumbre de hacerlo me precisará entenderme, además de mi primo, con otros dos almacenistas de leña. Esto se ve muy poco entre nosotras. ¡Vaya, deme Vd. 4.000 francos, y entendidos! esto para Vd. es una friolera, y yo le sacaré á Vd. la habitación á conciencia.

—¿No puede ser!

—Le juro á Vd. por mi honor...

—¿Qué dice Vd.?

—¿Prefiere Vd. que jure por cualquier otra cosa?

—Me es indiferente. Me ha sorprendido Vd. un poco, pero... adelante.

—Juro que si no fuera cosa de Vd., no emprendería este negocio.

—Y dígame Vd.

—¿Qué?

—Si le diese á Vd. lo que me pide...

—Prosiga Vd.

—Si yo contribuyese á encender ese fuego... acaso...

—¿Burlón! ¡Ya le veo á Vd. venir!

—¿Me parece muy justo lo que digo!

—¡Ah! ¡Vd. no ata los perros con longanizas! Demasiado se ve. De todo saca Vd. partido.

—¡Caramba! Cuando no se tiene familia... las economías...

—Bien ¿Pondremos coche?

—¿Qué coche?

—El que Vd quiera, con tal que sea elegante.

—¡Coche! ¿Para Vd.?

—Pues, ¿para quién?

—Con un caballo, ¿eh?

—Nó; conozco á un tratante en caballos, á quien le he secado hace dos años, y que me ayudará en esto.

—¡Magnífico!

—¿Para él?

—¡Para todo el mundo!

—Pero pocas exigencias, ¿conformes?

—Esté Vd. tranquila.

—Y cuándo entraré en el goce de...

—Lo más pronto posible.

—Mañana firmaremos.

—¿A quién tengo el honor de dirigir la palabra?

—Úrsula, condesa de Psore, secadora.

—¿De Psore? Pues si ese es un nombre conocidísimo. ¿Su padre de Vd. no perteneció á la marina?

—Sí, creo recordar, en efecto, que he tenido uno en la marina.

—¡Hasta mañana, señora condesa!

—¡Hasta mañana, señor barón!

Úrsula desaparece. después de hacer una profunda cortesía al señor barón.

..

El barón (solo): —Pues señor, decididamente suprimo á Nieves, que me cuesta los ojos de la cara. Seco las paredes de mi nueva casa... y atrapo el alquiler de abril, que es el mejor de todos. ¡Buen negocio!

..

La condesa Úrsula de Psore, dice entre tanto mientras baja la escalera:

—Me instalo en el bulevar Pereire en un principal: esto me da reputación: amueblo dos salas y el casero el resto de la habitación; una vez instalada, ¿quién me saca de allí?

¡Buen negocio!

Y todos quedan satisfechos.

Menos la moral.

(Continuará).

MISCELANEA

En el despacho de un juez municipal:

El juez.—Los antecedentes de Vd. no son los mejores; ha estado Vd. ya tres veces en presidio.

El detenido.—Pero Vd. olvida, señor juez, que tengo sesenta años, y para semejante edad, no son muchos.



Un papá.—Señor de López, creo que debe usted de ir pensando en casarse con mi hija: después de catorce años de relaciones, me parece que ya es tiempo...

El señor de López.—¡Hombre no sea Vd. tan súbito! Si será eso puñalada de pícaro!...

Un negocio:

—Señor duque, vengo á proponer á Vd. un negocio pingüe: un negocio de dos millones de ganancia segura.

—Veamos, aunque no tengo el gusto de conocer á usted.

—Usted casa á su hija, que, sin ofenderla, es feísima.

—¡Caballero!

—Nada, en los negocios debe de haber claridad. Es feísima, pero la hermosea Vd. con cuatro millones de dote.

—Bien, ¿y qué...?

—¡Pues nada! Yo le propongo á Vd. casarme con ella, y sólo quiero dos millones. Me parece que gana usted dos...

—¿Juan, ha llevado Vd. mi carta al señor marqués?

—Sí señorito; pero creo que no podrá leerla.

—¿Por qué?

—Porque es ciego. Mientras que estuve delante de él en su despacho, me ha dicho tres veces que me cubriera, y sin embargo, yo tenía el sombrero puesto.

El Sr. X... cuya fealdad es proverbial, fué convidado á comer en casa de uno de sus amigos. Llegado antes que nadie, tomó en sus rodillas al niño de la casa, un pequeñuelo de cuatro años, y jugaba con él en tanto servían la comida.

De pronto, el muchacho que parecía reflexionar profundamente, exclamó:

—¡Dios no debe ser muy bonito!

—Y por qué, chiquitín.

—Porque mamá dice que Dios ha hecho al hombre á su imagen.

EL MUNDO FEMENINO

PUBLICACION PERIODICA ECONOMICA

Se publica todos los domingos

PRECIOS DE SUSCRICIÓN Y VENTA

Número corriente.....	15	céntimos.
Id. atrasado.....	25	»
España: un semestre. ...	3'50	pesetas.
Año.....	6	»

Los Corresponsales obtendrán las manos de 25 ejemplares al precio de 2'50 pesetas.

Los Corresponsales de Ultramar y América fijarán los precios convenientes, según las costumbres de cada país.

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18.—Madrid.